

No habrán olvidado los lectores aquel famoso juego académico de la *cascarela*, cuyo objeto principal era hacer más bazas para sacar lo que se ha puesto. Mas aun cuando no le hayan olvidado, tampoco se habrán podido figurar que el tal juego trajese cola; y sin embargo... en ella se enredan ahora los académicos volviendo á hablar del juego consabido, ó si se permite la palabra, *conignorado*, no para decirnos cuál es su objeto secundario ó no principal, que debe tenerle también, á no ser que el adjetivo *principal* aplicado al objeto fuera en la definición un ripio, ni para decirnos más bazas que quién hay que hacer ó más bazas de cuántas si se ha de lograr aquel objeto, sino solamente para revelarnos que *CASCARÓN* es «en el juego de la *cascarela*, lance de ir á robar con espada y basto.» O con sable y trabuco, ó simplemente con pluma (de ganso), que es como van á robar los

académicos su verdadera significación á las palabras.

Y si no, ahí está el CASINO, que no me dejará mentir. Porque... ¿Qué dirán ustedes que es CASINO? ¡Vamos á ver!... Pues casino, por el Diccionario, es sencillamente: «m. Casa de recreo *situada por lo común fuera de poblado.*» Así es; *fuera de poblado*, como por ejemplo, en Madrid, en el comedio de la calle de Alcalá, ó en la de Sevilla, ó hacia la mitad de la Carrera de San Jerónimo, ó en la calle del Príncipe, ó en la de Esparteros, ó en la plaza del Angel; en Barcelona, en la Rambla; en Toledo, en el Zocodover; en León, en la calle de la Catedral; en Vitoria en la calle de Postas, y así en todas partes, *por lo común*, ó si se quiere, *por lo académico.....* ¡¡*Fuera de poblado!*! Gracias á que nadie hace caso de lo que dice la Academia, ni su Diccionario tiene más autoridad que si no existiera, ni sirve para nada más que para hacer reir á la gente; pues el día en que hubiera quien tomara por lo serio las cosas que dice el Diccionario, era posible que todos los casinos de Madrid se trasladaran á la dehesa de Moratalaz, para que fuera más cómodo ir á pasar allí la velada y volver á casa entre gallos y medias noches...

Ustedes creían buenamente que no había en España á estas horas ni un sólo español que no supiera lo que es casino ¿verdad? Pues

ahí verán ustedes: había por lo menos veintitantos, y creo que también por lo más; porque de seguro no hay ningún otro fuera de las dos docenas de académicos activos. ¡Y luego si uno, con más ó menos literatura, les trata de rocines, se enfadan!

Por supuesto, que no sabiendo lo que dicen cuando hablan del casino, en donde algunos de ellos han pasado la vida ¡qué será cuando hablen de las estrellas!... Por eso, de la constelación boreal llamada CASIOPEA no dicen ni la figura ni nada por donde se la pueda conocer, sino solamente que es «muy notable» y que «se ve á un lado del polo». Como si no pudiera verse al otro lado, ó en bajo, ó encima, ó en cualquiera de los puntos de la circunferencia que sensiblemente describe. ¡Valiente astrono..... suya la de los académicos!

Tampoco saben lo que es CASO RESERVADO, al que llaman «culpa grave, que sólo puede absolver *el superior* y ningún otro sin licencia suya.» De donde, aparte de no saberse quién es para los académicos *el superior*, se deduce que toda culpa es caso reservado, puesto que nadie puede absolver de ninguna culpa sin licencias. Verdad es que en esto no es extraño que los académicos anden flojos, porque... ¡Valientes moralistas!... Si fuera con dos erres, vaya que vaya.

¡Pero si ni aun de veterinaria entienden!... ¡Si ponen lisa y llanamente que CASQUIBLAN-

no «dícese del *caballo* ó *yegua* que tiene blandos los cascos!» Como si no pudieran tenerlos blandos también y decirse de ellos que son casquiblandos los machos y las mulas, las burras y los burros, y hasta los... Algún lector asustadizo habrá creído que iba yo á decir hasta los académicos. Pues no, señor; iba á decir hasta los bueyes, que también se hieran.

«CASQUILLO... Ustedes creerán que es diminutivo de casco, y que ha sido una académica ponerle aquí después de haber ofrecido en el prólogo suprimir todos los diminutivos en *ico*, *illo* é *ito*. Pues aguarden ustedes un poco y lean ustedes:

«CASQUILLO. m. Rodaja ó anillo de metal ó otra materia (por ejemplo, de queso de Burgos) que se pone al cabo del asta, lanza ó bastón para que cuando toque

en el suelo no se gaste  
ó maltrate la madera.»

—¡Pero eso es una CONTERA!

—¡Blasfemaste!

Para llamar las cosas por sus nombres,  
¿qué falta nos hacían esos hombres?

Y ahora verán ustedes cómo nos dan los académicos la *castaña*. No la metafórica del Diccionario, que eso ya hace tiempo que lo estamos viendo, sino la real y verdadera.  
«CASTAÑA (del lat. *castanea*) f. Fruto del cas-

taño, muy nutritivo y sabroso (¿el castaño?) del tamaño de la nuez...»

¡Vamos! ¿Les parece á ustedes?... ¡Decir que la castaña es del tamaño de una nuez! ¡No acertar á comparar una castaña sino con una nuez!... Y luego, como al llegar á la nuez dicen de ella que es un *cuerpo oval*, resulta que los académicos vienen á comparar una castaña con un huevo, que es la comparación que se pone á diario como tipo ejemplar de comparaciones estúpidas. «Se parece como un huevo á una castaña», se dice para ponderar la semejanza que hay, por ejemplo, entre un académico y un sabio.

Pero sigamos estripando la castaña académica. Notemos, ante todo, que la definición está en verso, de ese involuntario que es el que hacen menos mal los señores de la Academia. Véase otra vez:

«f. Fruto del castaño,  
muy nutritivo y sabroso,  
del tamaño  
de la nuez...  
de  
figura de corazón,  
(¡vaya otra comparación!)  
y cubierto de una cáscara  
gruesa y correosa  
de color de caoba.»

Aquí, al final, el verso desmerece bastante;

pero todavía es algo mejor que el que suelen hacer los académicos cuando quieren dar los días á las académicas en *La Ilustración Española y Americana*.

Aparte del verso y de la gracia que tiene el decir que la castaña es de color de caoba, cuando ha dado ella nombre á su color especial, que se llama *castaño*, lo de que la castaña sea de figura de corazón es un descubrimiento importante. Ya sospechaba yo que los académicos tenían castañas por corazones. Y en cuanto á lo de que la cáscara de la castaña sea *gruesa*, se conoce que los académicos lo han estudiado con D. Hermógenes, el de *El Café*, quien, firme en su tema de que todo es relativo, les diría:—La cáscara de la castaña (ó más bien la monda, porque D. Hermógenes hablaba con cierta propiedad), es delgada en toda tierra de garbanzos, porque, siguiendo la académica comparación, es mucho más delgada que la del huevo. Sin embargo, la cáscara de la castaña puede llamarse gruesa si se compara con la película que entre casco y casco tiene la cebolla.—Que es lo que ya en su tiempo dijo en sustancia el mismo D. Hermógenes hablando de los ejemplares vendidos de aquella obra, no mucho más solicitada que el Diccionario de la Academia: tres con relación á nueve son pocos, pero son muchos con relación á uno.

Y sigue la *castaña*,

Porque después de dos rayitas verticales y de otra definición que dice que la castaña es *vasija ó vaso...* con esa indeterminación propia de quien no conoce el valor de palabra ninguna, hay otras dos rayitas y otra definición que dice: «Especie de lazo...» No se olviden ustedes que estamos hablando de la *castaña...* «Especie de lazo que con la mata del pelo se hacen las mujeres en la parte posterior de la cabeza.» ¿Qué les parece á ustedes de esta especie de lazo que se hace con una mata, ó que se hacen las mujeres con la mata, no con el pelo sencillamente, sino con la mata del pelo? A los más francos ó menos reservados ¡como si los oyera! les parece una tontería; y á los más tímidos en calificar les parece un moño. Pues sin dejar de ser ninguna de las dos cosas, es además una ingeniosa ó cuasi ingeniosa preparación académica para, en llegando al moño, darnos la castaña otra vez diciendo al definirle: «moño m. Castaña...» etc.

Y todavía nos falta la académica definición de la castaña PILONGA, que es así, en verso:

«La que se ha secado *al humo*  
y *avellanada* se guarda  
todo el año.»

Esta es la castaña pilonga. ¡Qué cosas dicen estos pilongos de estos académicos! Y eso que, como no suele haber justicia en la tierra, todavía no se les ha puesto al humo.

A pesar de que, no bastándoles haber relacionado la castaña con la avellana y con la nuez, y por carambola hasta con el huevo, la relacionan también con el ajo.

Los frutos de esta unión morgánatica son el *ajo castañete* y el *ajo castañuelo*, que, entre los dos, parece que valen lo mismo que el *ajo cañete*, que no vale nada, puesto que no vale siquiera tanto como el *ajo taita*, que vale en la Academia para acariciar á los niños.

De CASTAÑO, adjetivo, dicen los académicos que «aplicase á lo que tiene el color de la cáscara de la castaña;» cáscara que está bien demás, porque bastaba decir «el color de la castaña» para que se entendiera en el sentido más natural el color de la castaña entera y vista por el exterior; mientras que en hablando de la cáscara ya es más natural suponerla separada de la castaña, y entonces lo mismo se puede referir lo del color al de la parte de dentro que al de la parte de fuera.

La definición del CASTAÑO, sustantivo, dice: «Arbol grande y ramoso... que echa por fruto (como los académicos suelen echar por las de Pavía) una especie de zurrón espinoso parecido al erizo, y cuya simiente (¿la del erizo ó la del zurrón?) es la castaña.»

No se puede hacer peor.

Digo, me parece que no se puede.

Porque tras de no haber dicho en la definición de la castaña ni una palabra del erizo

en que se cría, al hablar ahora por primera vez del erizo dicen que el castaño le echa por fruto... ¿Qué le ha de echar por fruto, pobres hombres? ¡Pues vaya un fruto! Como los que suelen dar ustedes los académicos... El fruto del castaño no es el erizo, es la castaña. El erizo no es más que la envoltura. ¿Es que tampoco saben ustedes lo que es fruto?... ¡Consonantes!

¡Y luego decir, al encontrarse con el erizo, «una especie de zurrón espinoso parecido al erizo!» ¡Claro! tan parecido como que lo es; como que se llama erizo y no zurrón, ni especie, ni ninguna otra cosa.

—«No me gustaban las comidas»—decía un pobre muchacho carlista que había estado emigrado en Francia.—«Para almorzar nos ponían siempre unas *homeletas*, á modo de tortillas...» Lo mismo hacen los académicos; el erizo de la castaña les parece que es á modo de erizo, *parecido* al erizo.

Después de tanto hablar de castañas, todavía han omitido los académicos varias frases usuales y comunes en que juega el vocablo; entre otras han omitido la de *darle á uno la castaña*.

Pero nos la han dado.

Vaya; continúen ustedes disparatando, señores académicos.

No teman ustedes la *castigación* ni el *castigamento*, y continúen ustedes disparatando; porque al cabo y á la postre, ANCHA CASTILLA; «expresión familiar, según ustedes, con que se alienta uno á sí mismo ó anima á otros á usar de libertad y franqueza».

Lleven ustedes esa franqueza y esa libertad hasta el extremo pecaminoso de afirmar que el refrán que dice: «*En Castilla, el caballo lleva la silla*», denota que en los reinos de Castilla el hijo sigue la nobleza de su padre». Digan ustedes que CASTILLEJO es «carretón pequeño en que se pone á los niños para que se enseñen á andar», sin decir de dónde es provincial ese modo de llamar á un mueble que, ó no sirve para que los niños se enseñen á andar, ó se llama GALERA.

No se acobarden ustedes y sigan diciendo que el CASTOR es un «animal mamífero, *de un*

*pie de altura*, y de formas...) académicas, es decir, «pesadas y apelmazadas». Añadan ustedes «que se alimenta de hojas... y se construye con destreza...» donde parece que el castor se construye á sí mismo; aunque luego añadan ustedes, para ponerlo peor, que lo que se construye son «sus viviendas á orillas de los ríos y lagos, *dándoles* hasta cuatro pies de altura». No á los ríos ni á los lagos, como parece desprenderse, porque son los últimos y porque son masculinos, sino á las viviendas; de las que cualquiera que no fuera académico, diría *dándolas*, como han dicho los mejores hablistas.

¡Adelante! Omitan ustedes la más conocida significación de la palabra CASTRO, la del sitio donde se pinan los bolos; digan ustedes que la CASULLA es una «vestidura sagrada que... *en lo alto* tiene una abertura para *entrar* la cabeza»; en lo cual no se parece á ustedes, que no tienen abertura ni resquicio por donde les pueda entrar la *sintaxis*; añadan que la palabra CATADURA «úsase generalmente *en mala parte*»; agreguen que CATALÁUNICO «úsase únicamente, por lo común, como calificativo...» etc., donde lo menos que les puede á ustedes suceder es que alguien les pregunte en qué quedamos, si es *por lo común* ó es *únicamente*, ó que alguien les increpe diciéndoles que hablan como *catalnicas*,

Pero sigan ustedes. Déjenme ustedes ad-

vertir á los ilustrados lectores que *catalnica*, según el Diccionario, es la cotorra, y sigan ustedes embalumbando el libro con palabras como *catante*, el que cata, y *cayente*, el que cae, para demostrar que no suelen ustedes poner más participios de presente que los que no se usan; omitan ustedes la vulgarísima acepción metafórica de la CATAPLASMA; cuenten ustedes (á su tía si tienen alguna) lo de la *cataraña* «ave nocturna semejante á la *certeta*» que no es nocturna; truequen ustedes las acepciones del CATASTRO, poniendo la primera la que nadie conoce, y la última la que le da todo el mundo; aseguren que CATAVINO es «jarrillo ó taza...» no se olviden del *cate*, «peso común que se usa en Filipinas», ni del *catecú*, apodo con que se designa sin duda en el número 26 de la calle de Valverde... ¿qué dirán los lectores? ¿el académico?... pues no: el GATO. Y si les preguntan á ustedes de dónde es provincial ese *catecú* que aparece muy fresco, sin nota ninguna de provincialismo, digan ustedes que de la Academia ó de Otzaurte. ¡Ah! y no dejen ustedes de poner el verbo *catedar*, «conseguir cátedra», con el mismo derecho con que podrán ustedes poner en la edición próxima *academicar*, conseguir plaza en la Academia. Porque desde que han puesto ustedes que CATEDRÁTICO es «cierta contribución ó derecho que se paga al obispo...» no hay para ustedes nada imposible,

Como no sea el dejar de disparatar; que eso sí, por lo visto, les es imposible del todo.

¿*Catéter* dicen ustedes?... ¡Ah! sí; es un instrumento de cirugía, una tintera; pero no habiendo puesto en el Diccionario todas las palabras técnicas de cirugía, ni la mitad siquiera, podían ustedes haber economizado también esa, que es de las menos conocidas entre los profanos. En cambio, está bien que digan ustedes que *catino* es una «escudilla ó cazuela», por pura afición á todo lo que puede servir para comer, y que *catite* es «*piloncillo* que se hace... del azúcar más depurado», donde se conoce que han querido ustedes mejorar el género, temerosos de que en cuanto haya aquí un gobierno justo y formal les va á dar á ustedes *catite*. Y hasta *cato*, para que se les quite el *catoche*.

*Catorcén* es una tontería más ó menos aragonesa; digo, más ó menos aragonesa será la palabra, que la tontería de incluirla en el Diccionario es académica del todo, y está adicionada con la cifra *pr. Zar.* (provincial de Zaragoza), cuando no hay tal provincialismo, sino que sólo se usa en algún pueblo, y además con la inexactitud de la definición, pues no «se dice del madero en rollo de siete varas», sino del de siete medias varas ó catorce palmos, y lo mismo se puede decir del muchacho que tenga catorce años cumplidos.

Otra tontería es la «*catorcena*, sustantivo

femenino, conjunto de catorce unidades», pues nadie habla jamás de una *catorcena*, como se habla de una docena, una quincena ó una veintena, y además es doble tontería poner *catorcena* y no poner *trecena*. ¿Por qué esa diferencia? ¿En qué se funda?...

¡Bah! Me distraje hasta el punto de comenzar á tomarles á ustedes en serio. No, no. Las cosas de ustedes ya se sabe que nunca se fundan en nada, como no sea en la ignorancia y en el don de errar, y así se toman como de donde vienen. Por eso están ustedes en su derecho al poner la palabra *catorzal* y decir que «se dice de la pieza de *madera de hilo*...» ¿Pero de dónde es provincial esa *madera*?

Bueno; ya sé yo que no lo saben ustedes, porque no saben ustedes nada. Ni siquiera lo que es *catre*; por eso le confunden ustedes con la cama, lastimosa... digo, no, académicamente. Y por eso ponen ustedes *cauda* diciendo que es del latín *cauda*; es claro, como que no es más que latín y... tontería ponerlo el Diccionario Castellano; pues aunque se llame CAUDATARIO el familiar que lleva la cola al obispo, no es eso razón para llamar *cauda* á la cola. Como tampoco el llamar AGRIMENSOR al que mide el campo es razón para llamar al campo *agro*. ¡Qué arrimados á la *cauda*!

En el adjetivo *caudaloso*, *sa*, se han aventurado ustedes á poner un ejemplo y han meti-

do la pata, diciendo: «Río, lago, manantial CAUDALOSO.»

No: el lago no se suele llamar caudaloso, aunque sea tan ancho y tan profundo como la ignorancia de ustedes, que ignoran todo lo que saben los demás, y sólo saben las cosas que nadie conoce. Como *causeta*, que dicen ustedes que es «cierta hierba (¡qué ha de ser *cierta*!) que nace entre el lino. ¿Dónde? ¿De dónde es provincial esa hierba? Porque yo soy de tierra de lino y no la conozco, ni la oí nombrar nunca. Verdad es que en cuestiones de hierba no me atrevo á discutir con ustedes, que deben ser más prácticos... Pero el caso es que ni de eso entienden.

Y ahora nos dirán ustedes que *cava* es «acción de cavar.» ¿Y el efecto? ¿Por qué no dicen ustedes, como otras veces, *acción y efecto*? En cambio, añaden que «dícese más comúnmente de la labor que se hace á las viñas, *cavándolas*.» Es claro: para que la labor que se hace á las viñas se diga *cava*, ha de ser *cavándolas*; no podándolas, ni quitándolas los racimos. ¡Tienen ustedes unas cosas!

Y si *cava* dicese más comúnmente de esa labor, menos comúnmente ¿de qué se dice? Sigo, y me encuentro lo de que *cava* es «en Palacio *oficina* donde se cuida del agua y vino que beben las personas reales.» ¡Valientes a... académicos! Eso, en castellano, se llama *bodega*, y, por supuesto, no es *oficina*.

¿Y de dónde es provincial *cavacote*, ese *cavacote* que, según ustedes dicen,

es «montoncillo de tierra  
hecho con el azadón  
para que sirva  
de señal ó de mojón  
provisionalmente?»

¿Es de un pueblo de Aragón?...  
¡Pluma, tente!

Porque ese montoncillo, que por cierto no suele ser de tierra, sino de césped vuelto al revés, se llama *HITO*, y *AHITAR*, verbo que falta con esta acepción, es hacer montoncillos de esos al redor de una finca.

*Caván* parece que es cosa de Filipinas, como también *cayan*. Pero digan ustedes, ¿el Diccionario es castellano, ó es *tagalo*?...

No es nada de eso, sino músico, porque en la música es donde suele sobresalir más la *ciencia* académica. Los lectores recordarán con regocijo la definición del *CALDERÓN*; pero no es menos chistosa la de la *CAVATINA*, que dice: «*Cavatina*... f. *Especie de aire*, en general bastante corto.»

Ustedes sí que son bastante cortos, y aun de sobra, en general y en particular. ¡Vaya una manera de definir! ¡Cualquiera aprende lo que es *cavatina*! *Especie de aire*, en general bastante corto... ¡Medir el aire á palmos!...

Es casi igual que llamar en castellano *cavi*

á la «raíz seca y guisada de la oca del Perú.» Pero las dos cosas son más pasaderas que la definición del CAZADOR, que dice: «adj. que caza por oficio ó por diversión. U. m. c. s. Se dice de los animales...» ¿De dónde han sacado ustedes eso? ¿Es que son todos ustedes cazadores?... Pues aunque así sea, no serán ustedes solos, y siempre resultará la especie muy aventurada, y... ¿por qué no decirlo? muy injusta. Soy cazador y rechazo el insulto.

La definición del CAZO es una CACETADA de desatinos. Comienzan ustedes llamándole *vasija*... por lo común (ya pareció el *por lo común*) de azófar, en forma de media naranja (ó de medio queso de bola) con un mango de hierro para *manejarla* (¿la media naranja?)— Otra definición: «Vasija de hierro ó cobre con un mango que forma recoño y un gancho á la punta: sirve para sacar agua de las tinajas», pero no se llama cazo; se llama CANGILÓN, ó ACETRE. Otra definición recién introducida: «DE LA COLA (suple CAZO). Vaso de cobre de una cuarta de alto y la mitad de ancho que se mete dentro de otro de más profundidad...» pero que tampoco se llama cazo, ni es de cobre. Otra todavía: «Otro hay menor, cuya *caldereta* carece de asa y tiene dos piés y un mango que doblado llega al suelo y forma el tercer pié.»

¡Cualquiera lo entienda!

## XXXIII.

CEBADA... Pero no crean los lectores que voy á hacer una receta para los académicos; voy á reproducir la definición que dan de esta gramínea, para demostrarles que, aun en cosas de estas que debieran saber al dedillo, no están bien enterados del todo. «CEBADA, f. Planta anua, parecida al trigo, y cuyo grano, más largo que el de *éste* (?) *está* cubierto de *cáscara áspera* que *no se suelta*; sirve de alimento á *diversos* animales, y tiene además *otros varios usos*». Por ejemplo el de servir á los académicos de... motivo para hacer malas definiciones. Y eso que ésta no es ciertamente de las más desgraciadas; porque salvo lo de «planta anua», que apenas dice nada; salvo que el grano, descontando la *cáscara áspera*, como los académicos la descuentan, no es más largo que el del trigo; salva la novedad de ser *diversos* los animales á que sirve de alimento, y salvo lo de los *otros varios usos*, todo lo demás, incluso aquello de que la *cás-*

cara áspera *no se suelta*, me parece que no se puede decir con más... mala sintaxis.

Y además, han omitido la acepción metafórica de la voz *cebada* en algunos juegos, como el de la *Gallina ciega* ó de los *Fierros* ó *Cierros*, donde se le contesta con esa palabra al vendado, cuando, después de haber apresado á uno de sus compañeros, á la pregunta de ¿quién es? se equivoca en la designación de la persona.

Como se han equivocado un poco antes los mismos académicos al definir la CAZOLETA, dando á entender que las escopetas de pistón la tienen también, como las de chispa, lo cual es un error grosero, ó académico si se quiere, nacido de no conocer las escopetas. Como nace de no conocer el idioma la... ocurrencia de decir que *cazón* es el azúcar moreno, y no el perro de caza, y que *cazonal* es un negocio arduo, sin decir en qué provincia ó en qué rincón de la Academia se usa. Es verdad que en cambio nos han dicho que la *cazuela moji* es «torta cuajada hecha en cazuela, con queso, pan rallado, berenjenas, miel y otras cosas», que no es necesario que sean cabezas de cerillas para que la tal cazuela dé vómitos á cualquiera que la pruebe, ó aun sin probarla, lea su definición en el Diccionario.

Mas no nos dicen dónde es donde *¡cel!* es una interjección con que se llama, se hace detener ó *se pide atención á una persona*, y

debían decírnoslo. Porque en Castilla, y en León, y en Extremadura, y en Andalucía, y en donde quiera que se habla nuestro idioma, la interjección que sirve para lo que dicen, aunque mal, los académicos, es *¡eh!* ó *¡hé!* ó *¡jé!*; pero llamar á uno diciéndole *¡cel!*... como no sea en la Academia...—Esto me recuerda al autor de una obra dramática moderna muy aplaudida y muy disparatada, que, en lugar de la interjección *¡bah!* ponía *¡baf!* á cada paso. Y sin embargo, no es académico todavía.

Volviendo á la cebada, ¿cómo es la *cebada de prevención*? ¿Quieren los académicos decírmelo? Se lo pregunto, porque hablan de un «macho de los arrieros (un macho será de un arriero, porque no suelen los arrieros tener este ganado *pro indiviso*), que va cargado con cebada de prevención para dar de comer á la recua», donde ó sobra lo de «para dar de comer á la recua», ó sobra lo de la prevención, ó las dos cosas.

A más de que la CEBA tampoco es alimentación abundante y esmerada que se da al ganado; basta que sea alimentación. Si es abundante y esmerada, como los académicos dicen, se llama CEBO; por eso, de los animales regalados, sean de la clase que fueren, aun de los que se reúnen en algún «lugar ó sitio ameno», suele decirse que están á CEBO, frase que falta, y no se dice que están á *ceba*.

¿Y quién les ha contado á los señores limpia-fijantes que *cebruno, na*, es adjetivo, de color como de ciervo ó de liebre?» Eso será CERVUNO... es decir, no será, lo es en efecto. Aparte de que lo que sea de color de ciervo no puede ser de color de liebre, ni viceversa. ¿No han visto esos señores liebres ni ciervos? ¡Cuidado que es desgracia no saber distinguir de colores!

¿Y el *cebti*?... Verán mis ilustrados lectores qué artículo tan mono y tan inútil es el que cierra la tercera columna de la página 229. Se le voy á dar íntegro y aparte:

CEBTI, adj. ant. *ceuti*. Apl. á pers., usáb. t. c. s.»

¿Están enterados?

Pues ahora, entérense de que CECEAR es «decir ¡ce! ¡ce! para llamar á alguno», sin olvidar que esto debe ser provincial de la calle de Valverde, aunque el Diccionario no lo diga; y entérense también de que *cecíal* es la «merluza ú otro pescado parecido á ella, seco (merluza seco) y curado al aire»; y entérense igualmente de que CEDAZO es «instrumento compuesto de un aro redondo (¿los habrá cuadrados en la Academia?) y de una tela *por lo común de cerdas* más ó menos clara...» etc.

¿Quién les habrá dicho á estos infelices desatinadores que la tela del cedazo es, *por lo común*, de cerdas? Ni por lo común, ni por nada, más que por lo académico. La tela del

cedazo es de seda, grandísimos... sabios; y muy modernamente la hay también metálica. Y en cuanto á ser *más ó menos clara*, por muy clara que sea, no lo será más que la tontería y la ignorancia de unos académicos que tan poco han visto cedazos.—Añaden que «sirve para separar las partes sutiles (¡huy, qué finos!) de las gruesas de *algunas cosas*, como la harina, el suero, etc.» Tampoco. Y cuenta que con haber dicho sencillamente que sirve para cerner, que es para lo que en realidad sirve el cedazo, excusaban los académicos de haber metido la extremidad (hablaremos en fino como ellos) trayendo intempestivamente á colación el suero, porque el instrumento con que se separan las partes sutiles del suero de las gruesas, hablando en académico, ó con que se separa el suero del requesón, hablando en cristiano, no es cedazo, sino COLADERA.

Nada de esto saben los académicos; pero, en cambio, saben lo que es *cedicio*, que no es poco saber, ó si no lo saben, por lo menos lo dicen como si lo supieran, y dicen que es *lacio*; y también saben ó dicen que *cedras* son unas «alforjas de pellejo en que los pastores llevan el pan y demás avío», aunque no saben ó á lo menos no dicen de dónde son provinciales esas alforjas, tan innecesarias seguramente como los académicos para este viaje; es decir, para el viaje de quedarnos sin

Diccionario. Y siendo las *cedras* unas alforjas de pellejo, cualquiera creería que el *cedrero* es el que hace alforjas de esas de pellejo, ó el que las vende, ó el que las lleva..... Pues no; el *cedrero* diz que es el *citarista*.

¿Y qué dirán mis lectores que es CÉDULA? Pues cédula es un *pedazo de papel* ó pergamino escrito ó para escribir en él alguna cosa.» ¡Pedazo de papel!... ¡Qué pedazos de definiciones hacen estos pedazos de... académicos! Pedazo de papel... escrito ó para escribir en él... ¿qué? *alguna cosa*. Y el que quiera saber más, que vaya á estudiar á Salamanca. Porque si sigue leyendo lo restante del artículo, que es bastante largo, perderá el tiempo, y no aprenderá más que disparates.

Para lo cual tanto vale que lea la definición del *cefo*, que diz que es «animal cuadrúpedo, especie de mono (¡anda salero! ¿El mono es cuadrúpedo?), con el casco de la cabeza algo elevado (¿á la prusiana?), el rostro azul negruzco (¡buena pinta!), la piel aceitunada, cenicienta, bigotes blancos vueltos hacia arriba, barbillas negras, una especie de moño por encima de las orejas, y los pies negros», que es la más negra, aunque todo es bastante obscuro... Rostro azul, piel aceitunada y cenicienta, que no es lo mismo, bigotes blancos, barbillas negras y con moño... ¿Quién demonios se habrá divertido con los académicos pintándoles semejante bicho?

CEGADOR, no vaya nadie á creer que es el que ciega. Los mismos académicos, que poco antes nos han descubierto que CEDENTE es el que cede, nos enseñan ahora que cegador es el que adula, «lisonjero y adulator», todo para poderme llamar á mí cualquier día cegador de académicos por lo que les lisonjeo y adulo. Pero lo bueno es que siendo *cegar* «tener malos los ojos,» y *cegar* «dolencia de los ojos,» y *cegado* el «que habitualmente tiene cargados y llorosos los ojos», *cegado* es... ¿qué creen ustedes que es *cegado*? Pues... «macho cabrío durante el segundo año de su vida.»

Créanme ustedes que hago aquí un verdadero sacrificio en no llamar á los académicos cabríos y lo otro.